

N.º 13



TOROS

PUEBLO

Coordinado
por Manuel
F. MOLES

ESTAMOS a cuatro días, a cuatro alientos, a cuatro hojas del nuevo año. El año 1983 anda ya aculado en tablas, a punto de doblar sin remedio, y el agapito de turno tiene lista su puntilla. No ha sido un año espectacularmente positivo para la fiesta, aunque haya que matizarlo por partes. Y tal vez lo más trascendental esté en los públicos. Siguen con su fidelidad a un espectáculo entrañado en el pueblo español —quinco millones de espectadores siguen siendo muchos, y apenas hay pueblos que en sus fiestas no lata la presencia taurina—, que mantiene su pasión por los toros. Hay, bienvenida sea, más presencia joven; tal vez de ahí emane un mayor rigor —no olviden el ejemplo y la evolución francesa— y un menor apego al tópico y una superior exigencia de limpieza e integridad.

Curro Vázquez sufrió uno de los capítulos más graves de la temporada. Fue capaz de recuperarse y triunfar de nuevo en Madrid. (Foto LEO).

1983,



un año con polémica

● El tinglado de Ojeda y «los afeitadores» dividieron al público y a la crítica

● La verdad de un viejo —Manolo Vázquez— puso las cosas en su sitio

La temporada nació con la esperanza de una legión joven que tenía la obligación de cuajar: Esplá, Ojeda, los Campuzano, Yiyo, Muñoz, Espartaco, Durán, Soro..., junto a los de mediana edad y a los veteranos. La ascensión de los jóvenes no acabó de cuajar, pero hubo un desplazamiento de nombres en las ferias. Esplá se convertía en el nuevo torero de la afición, Yiyo era la revelación y Ojeda quedaba preparado como torero de masas. Le habían puesto la mesa y un enorme tinglado en la cocina para cocer su ascenso. Ojeda respondió bien en Sevilla, se le respetó mucho en Valencia, cumplió en Madrid. Hasta ahí vivía en el debate propio de quien intenta traspasar la barrera de lo puramente taurino. Pero a partir, fundamentalmente, de julio sucedieron dos hechos hermanados en su carrera, salvo leves excepciones. Ojeda, desde Pamplona, se aflojó, se arrugó, no aguantó el tren; la responsabilidad y la dureza de tirar del carro, evidenció su escasa técnica, le valían pocos toros, se hacía un lío con la mayoría y, fundamentalmente, Castilla, Rioja y el Norte le volvían la espalda. Se desinflaba el globo de un torero al que había cargado con excesivas alforjas. Pero lo peor no era esto. Lo peor es que para elevarle se recurrió a los viejos vicios, al fraude virulento del afeitado. Dos escándalos se hermanaban demasiadas veces, y el público desconfió del supuesto nuevo ídolo. Un torero,

que en cualquier época no hubiera pasado de discreto, se empeñaban en que fuera el nuevo dios de la tauromaquia. Como el tinglado, con su enorme farsa, se venía abajo, intentaron apuntalarle, degradando al toro, buscando apoyos de plumíferos impresionables y de algún que otro político que permitiera los excesos contra la fiesta y el público. Veremos lo que pasa este año nuevo; pero me temo que el solito se va a colocar en su verdadero sitio.

La temporada fue para un torero muy veterano que a la postre sería el gran ídolo y acaparador de trofeos y expectativas. Increíblemente, la verdad de Manolo Vázquez, con cincuenta y cuatro años sobre las piernas, caló profundamente en el país sin necesidad de montajes ni escándalos. Una vez más se demostraba que el camino recto era el más corto, el más directo, el más recomendable para llegar al público, a unas gentes que han madurado, cambiado y mejorado y andan lejos de aceptar los abusos de los años 60. Esto no lo han entendido quienes quieren reverdecir aquellas tretas y montajes. Manolo Vázquez ha sido, entre otras cosas, la demostración de que el toreo bueno es eterno y perdurable y la más vigente que se puede hacer delante de un toro. Manolo ha sido un ejemplo y una bofetada. Como lo fueron Curro Vázquez y Lucio Sandín, elevándose sobre la desgracia.

Por lo demás el año ha sido polémico, inconcreto y, a veces, descorazonador.

La Administración socialista ha tenido una actuación desigual. Desde hombres que han trabajado y arriesgado como el senador Arévalo a otros que han pasado la mano por la pared. Pero aunque la picaresca, la de los viejos hábitos franquistas —porque son los mismos, ellos y sus corifeos—, ha intentado manipular a los socialistas, hoy puede decir que no se han tragado el anzuelo, que hay muchos más socialistas serios que de los otros, y que a no tardar van a poner a cada cual en su sitio, en estos temas de frenar el fraude, ordenar la fiesta y promocionar adecuadamente el espectáculo. Hay mucho por hacer, pero empiezan a aclararse las ideas.

Existe otro terreno fundamental que ya está en marcha y cuenta con mayores logros: las plazas propiedad de la Administración. Esto lo tienen claro. Ya no piden dinero, sino ventajas para la afición. Se acabó aquello de que ganara el que ponía más millones. Es más: se camina hacia la gestión mixta en busca de la gestión directa o autogestión con gestor taurino. Con ello se abre y racionaliza el mercado y se desconcentra el poder. Y si eso se logra, en buena medida se acabarían, por consecuencia, las exclusivas y los grupos de presión taurina. Y que toreen y que manden los mejores.

Otra realización que crece y es vital, porque ya no puedes echar a los chava, es a la carretera con un hatillo al hombro, son las escuelas taurinas. La de

Madrid se ha convertido para la fiesta lo que el Castilla al Real Madrid como vivero. Y ahora están ahí Valencia, Córdoba, Albacete, Jaén, Alicante y tantos ayuntamientos dispuestos a arrimar el hombro.

En lo personal, para quien les escribe, el año ha sido inquieto y positivo. Aquel suplemento de PUEBLO con ocho páginas durante la feria de Madrid fue el anticipo de este extra de los miércoles que seguirá creciendo. La información en la SER se ha disparado, y encaramos el nuevo año con una programación muchísimo más intensa y completa y más integrada en los informativos que dirige ese gallego sabio que es Fernando Omega. Ya vamos a tener los toros con tratamiento a la altura que se merecen. Y acabo una etapa, la de «Revista de toros», con doce intensos años de trabajo, experiencia y un resultado impagable por parte del público y de los colegas cuya opinión no valora. Así da gusto finalizar una etapa para iniciar otra, con nuevos planteamientos, nuevos bríos y nuevas sorpresas. Lo siento por mis queridos enemigos —que son justamente aquellos que me apetece que lo sean—, porque los proyectos en el mundo de la imagen son ya múltiples. Y lo fantástico de estos «punto y aparte» es que te enteras claramente de quién es quien. Y sobre todo en el mundillo taurino. Su reacción me ha permitido verlos con enorme claridad. Por cierto, yo he tenido

siempre una devoción personal por Vicente Zabala, que no ha impedido las justas discrepancias de opinión. Hace tiempo que no veo a Vicente. Desde que se instaló en su nueva y suntuosa casa ni siquiera me ha llamado. Tal vez porque yo sigo viviendo en el Puente de Vallecas. O tal vez por otras cosas. Echaba de menos su comentario al final de «Revista de toros». Al fin lo escribió en el más impecable estilo que le conozco, una de cal y otra de arena, una para Dios y otra para el diablo. Da armas a los que nos quieren y granadas a los que nos odian. Su artículo es un autoserivicio para que cada cual se sirva lo que más le guste. Autoservicio y autorretrato. Es lo mejor. Podría agradecerle media docena de cosas y enojarme por otra media. Pero la próxima semana le matizaré unas cuantas, desde estas mismas páginas. Hoy, 28 de diciembre, me saldría una crónica demasiado inocente.

Se acabó un año polémico. Los sucesos dividieron a los públicos y a la crítica, y cada cual se puso en su sitio. Fue un año de clarificación. El tinglado de Ojeda

y la movida del afeitado obligaron a tomar posiciones y la fiesta fue un gran escaparate de cara al público. Todos saben ya quiénes colaboran, combaten o hacen aguas con el fraude. Puede que se hayan radicalizado algunas posturas, pero a la postre hay una claridad inmensa sobre este espectáculo que era necesaria. El papel más duro, pero también al más leal a este oficio, lo hemos asumido unos pocos de los que trabajamos desde Madrid. Pero —y esto sí que es positivo— desde las provincias ha habido una impresionante reacción por parte de los críticos, contra los medradores, los pesebreros y los que engañan a la gente.

Vamos a esperar que doble el año, a desear a todos, incluidos mis entusiastas inquisidores, un feliz año nuevo. Tengo la casa repleta de felicitaciones en estas fiestas entrañables, pero soy tremendamente vago —tal vez porque vivo de escribir— para contestar una por una. Pero no soy ni olvidadizo ni desagradecido. Sobre todo con usted, lector, que nos mantiene a todos.

MOLES

a cuerpo limpio





Psicodiagnóstico de la fiesta

El miedo y los toreros

El toro, de cinco; el torero, de veinticinco. Otra muletilla más de las que tiene, de cara al folklore tórico, la fiesta de los toros.

Las sedas, los soles, las peinetas, las sangres, las arenas y las frases acuñadas. Antología del tórico.

¿No han observado ustedes que en los tendidos la gente habla como si hubieran aprendido a hacerlo en un manual de conversación...?

- Tiene cosas de manso...
- Tiene un trote cochinerero que no me gusta nada...
- Ponen las banderillas como las hacen, de una en una...
- El toro es parar, templar y mandar...
- Eso es meter los riñones...
- El toro pide los adentros...
- ...El tórico, que, como ustedes saben, es el disfraz de la ignorancia.

Vamos a analizar qué puede haber de razón en ese ecuador de los veinticinco años, donde se ha fijado la madurez del torero. Y vamos a ver también qué ocurre a otras edades. A todos los niveles de atención biopsicológica. Centramos el tema en seis coordenadas de la actividad torera: Miedo, comportamiento físico, reacción ante el fracaso y el triunfo, soberbia ante la asamblea, recuperación psicósomática y susceptibilidad a la sanción.

Miedo

Hablamos de miedo físico. Y partimos de la base de que para ser torero hay que comportar una tensión vencible hacia la figura del toro. Es decir, poder estar delante del toro. Ponerse. No «darle miedo».

Y esta coordenada es universal en la profesión torera. De otra forma, no se pondrían delante del toro...

El miedo físico se circunscribe más a la potencialidad de temor ante la lesión. Miedo a la cornada. Intrínsecamente y extrínsecamente. Al dolor y a la secuela. No he conocido un solo torero que no le profese verdadero horror a la posibilidad de la invalidez por cornada, mientras que la muerte se les ofrece con otra dimensión más amplia de aceptabilidad.

Entre los veinte y los veinticinco años, y hasta los treinta, ese miedo telúrico alcanza una cota reducida. Prácticamente, la inherente a la condición humana. Comien-

Por Rafael HERRERO MINGORANCE, doctor en Psicología

«Quien tiene miedo ignora y quien ignora tiene miedo»

(Francisco de QUEVEDO)

za a crecer a partir de los treinta años. Por incidencia de muchos factores plurales: Experiencias de anteriores cornadas, posibilidad de complicaciones físicas, estabilidad económica, creación de una familia, serenidad o angustia de prisma vital...

Y logra su cota máxima desde los cuarenta y cinco años.

Quiero —porque es de justicia— rendir desde estas líneas mi homenaje a todos los subalternos, se vistan con quien se vistan. Hombres que, en su mayoría, han rebasado los cuarenta años, con el anillo de boda casi todos, y con toda la bilis nerviosa en la esclerótica de los ojos. Y ahí están cada tarde, detrás en el paseillo y delante en la lidia, sintiendo cosquillas en todas las cicatrices viejas...

Comportamiento físico

El comportamiento físico parece ser el vector más claro de análisis. El caudal dinámico va acorde con la edad.

Al principio, se dispara de una cota alta, tan generosa como la juventud que la informa. Poco a poco se va mermando, si bien la óptima sensibilización esté a partir de los treinta y hasta los treinta y cinco. Es la etapa de las más exacta administración de energías, de mayor economía muscular.

Baja después de los treinta y cinco de forma un tanto acusada. Hay un metabolismo lógico de desgaste. Y se estabiliza entre el paréntesis de los cuarenta y los cuarenta y cinco —¿verdad, Manolo Vázquez y Antofñete...?—; resultado de una mayor atención por parte del sujeto. Es decir, se capitaliza inteligentemente la última reserva dinámica.

A partir de los cuarenta y cinco, la vitalidad dinámica, la psicodinámica funcional, es sólo una máscara de músculo y de las reacciones locomotrices.

Reacción ante el fracaso y el triunfo

Los dos impostores de los que hablara Rudyard Kipling a su hijo. Por eso van juntos. Porque psicométricamente se precipitan con igual intensidad en el alma.

Sólo los cataliza la reacción de alegría o de tristeza, pero la carga de emotividad es la misma.

Entre los veinte y los veinticinco años, la vibración susceptible es notable. Se está forjando la experiencia. Hasta los treinta y cinco, edad en que ya se ha saboreado todo, toreramente hablando, hay una marcada tendencia a la laxitud receptiva, lo que no implica, en modo alguno, indiferencia... De esta acusada pendiente son factores esenciales los desengaños y la aminación de los resortes de la ilusión.

Entre los cuarenta y cuarenta y cinco sube el tono de receptividad. Es un síntoma de la agonía contra la resignación que impone un carnet de identidad. Y la susceptibilidad está a flor de piel.

Después, la caída es ya inevitable. El cerebro no dicta tanta descarga de alegría o de tristeza, cuanta es la intensidad del estímulo. Es la etapa psicológica de la distorsión emotiva. Y, casi siempre, la aparición de otra mujer en la vida del torero.

Soberbia ante la asamblea

La novela «Torero soberbio», de Antoniorobles, es un ejemplo consumado de la reacción casi siempre extemporánea del torero joven. La vanidad, «el complejo de torero», la juventud desbordante, el culto físico son cuatro malos consejeros para el equilibrio racional.

A los treinta empieza a decantarse la sensibilidad emocional. La habitual presencia en los ruedos junto al público, que grita o aplaude, han encallecido un tanto el «respejo de la conciencia». Es la etapa de la sonrisa y la elegante compostura en la plaza —¿verdad, maestro Antonio Bienvenida...?—, aunque la procesión vaya por dentro, que suele ir y hasta con mil cofrades...

Se prepara así el ciclo que los taurinos llaman «los gatos en la barriga», y que empieza allá por el olivo de los cuarenta tacos. La intensidad del sentimiento de soberbia, de axialismo en relación con el entorno, equiparan la reacción con la que se experimenta en los años primeros, en la adolescencia torera.

Es el canto del cisne. Un cisne que suele morir sonriendo, escondiendo el dolor del error o de la impotencia. Sólo queda el orgullo; por eso se hace uso de él. Como cuando se es muy joven, que sólo se tiene el orgullo. Dos conceptos muy diferentes, aunque parezcan muy iguales...

Susceptibilidad a la sanción

Entendemos por sanción la intervención del público y la actividad de la crítica a cualquier nivel, profesional o autopsíquica.

Entre los veinte y los veinticinco hay casi una susceptibilidad morbosa. Endiosan los triunfos y escuecen los criterios tangentes al comportamiento yofista. Como hubiera dicho El Gallo —don Rafael I, El Grande, inventor de genialidades—, «es como un "puñao" de arena en un ojo...».

Desciende la cota de susceptibilidad en el lustro inmediato. Ha sido algo así como un relax de la tensión vivencial tan intensamente padecida —a malas y a buenas— en los primeros años.

Vuelve a subir también ligeramente —nunca se alcanzará ya la primera cota— entre los treinta y los treinta y cinco, consecuencia de una íntima rebelión contra el aparente atentado que se perpetra en la autodeclaración de madurez. Quizá con razón en la mayor parte de los casos... Fundamentalmente, en aquellos en que se juzga sólo estéticamente la labor del torero, sin atención a sus circunstancias humanas, a su trayectoria vital.

Se acusa un notable descenso hasta los cuarenta años. Es el paréntesis de «estar de vuelta de todo» y de darle a la manivela del escepticismo...

Pero a los cuarenta años, de la mano del orgullo irrisignable, como un vendaval que soplara sobre las brasas, se exacerba la susceptibilidad. Se quisiera que se escribiera en las críticas y en la voz del público la palabra «dios». Y apenas se traza, inseguramente, la palabra hombre. Y eso encrespa la sensibilidad y embiliza la sonrisa del alma.

Y fin del festejo taurino-psicológico. ¿El torero de veinticinco? ustedes, ¿qué creen...? Puede que sí. Pero eso ahora que se han presentado con caballos en psicoanálisis...

Y como final, con respeto en la yema de la sangre, esto: Bienaventurados los que pasan miedo, porque ellos son artistas.

La tabla del 83

Número de festejos y orejas obtenidas en la temporada por los matadores de toros.

CLASIFICACION

MATADORES	Corridos	Orejas
Paco Ojeda.....	84	119
Tomás Campuzano...	67	95
Luis F. Esplá.....	65	59
El Soro.....	63	104
Emilio Muñoz.....	62	79
El Yiyo.....	59	80
Espartaco.....	56	88
José A. Campuzano...	56	80
J. M. Manzanares.....	46	53
Julio Robles.....	45	51
Ruiz Miguel.....	44	33
Dámaso González.....	41	49
José L. Palomar.....	39	40
M. de Maracay.....	38	66
Paquirri.....	37	48
Niño de la Capea.....	34	18
Pepe Luis Vargas.....	31	27
Curro Durán.....	29	42
Victor Méndez.....	28	18
Ortega Cano.....	27	24
Antofñete.....	25	11
Manolo Arruza.....	24	33
Juan A. Esplá.....	23	38
José Luis Galloso.....	21	17
Manolo Vázquez.....	19	16

José Fuentes.....	18	10
Curro Vázquez.....	18	10
Pedro Castillo.....	17	34
Manili.....	17	23
Armillita Chico.....	17	20
Angel Teruel.....	16	6
Nimeño.....	15	28
El Bayas.....	15	16
Macandro.....	14	29
Richard Millian.....	12	16
Antonio J. Galán.....	11	23
Fernando Rivera.....	11	21
Justo Benítez.....	11	18
Pepín Jiménez.....	11	15
Valentín Luján.....	11	20
Rafael de Paula.....	10	3
Luis Reina.....	9	12
Sánchez Puerto.....	9	8
Manolo Cortés.....	9	1
El Mangü.....	8	13
Juan José.....	8	12
Raúl Aranda.....	8	4
Pablo Santamaría.....	7	10
José L. Parada.....	7	6
Raúl Sánchez.....	7	2
Juan Ramos.....	7	2
Juan Mora.....	6	9
El Melenas.....	6	5
Joaquín Bernadó.....	6	2
Curro Romero.....	6	0
Vicente Yestera.....	5	6
Cayetano.....	5	5

Gregorio Tébar.....	5	4
Roberto Domínguez..	5	2
Paco Alcalde.....	5	0
Lázaro Carmona.....	4	8
Simón.....	4	2
Pepe Pastrana.....	4	2
Curro Caro.....	4	2
José Lara.....	3	7
Saleri.....	3	4
Arturo Blau.....	3	4
Pepín Peña.....	3	3
El Poll.....	3	3
José Valencia.....	3	2
Pepe L. Vázquez.....	3	1
Chinito de Francia...	2	3
S. Rodríguez.....	2	2
Currillo.....	2	2
Andrés Moreno.....	2	2
Angel Miguel.....	2	1
Mario Triana.....	2	0
Jorge Gutiérrez.....	2	0
Gallito de Zafra.....	2	0
Sacromonte.....	2	0
Manojo Sales.....	2	0
Serafín Payá.....	2	0
Lorenzo del Olmo.....	2	0
El Cali.....	2	0
El Regio.....	2	0
Manuel Maldonado..	2	0
Curro Cruz.....	2	0
Sebastián Cortés.....	2	0
Antonio Rojas.....	2	0

El Puno.....	2	0
Antonio R. Jiménez..	2	0
Juan Arias.....	1	3
Pedro Somolinos.....	1	2
Niño de Aranjuez.....	1	2
Pepe Cámara.....	1	2
Utrerita.....	1	2
Jesús Márquez.....	1	2
Gabriel de la Casa....	1	1
El Merlo.....	1	1
M. de Cáceres.....	1	1
Ricardo de Fabra.....	1	1
Salvador Farelo.....	1	1

Con una corrida y sin trofeos: Luis M. Ruiz, Abelardo Granada, El Monaguillo, José Ortega, Patrick Varin, Manolo Martín, Victoriano de la Serna, Miguel Vera, Chavalo, Luciano Núñez, José Porras, Julián García, Paco Gázquez, Pedro Benjumea, El Bormujano, Paco Aguilar, Antonio Lozano, Gabriel Puerta, Miguel Vera, Ricardo Chibanga y José Luis Sedano.

N. de la R.—Esta es la relación de matadores de toros en activo, lo que torearon y lo que cortaron en 1983 en España. Es la clasificación oficial publicada por el semanario especializado «El Mundo de los Toros».

TOROS

La última entrevista de José Flores «Camará» (II)

«Manolete fue un gran matador de toros»

JUAN POSADA. Fotos ARCHIVO

Camará, más confiado y tranquilo, comenzó a hablar de Manolete con naturalidad y pena. Confesó que le quería como a un hijo, que era el hombre más cabal que había conocido. Los apoderados, según él, son muy necesarios al torero si entienden y aman la profesión.

Me miró con cara de enojo y contestó: «Tú lo sabes igual que yo. Pero es necesario que el apoderado sepa lo que hace dentro y fuera de la plaza. No vale cualquiera, por mucho que sepa de negocios; hay que conocer y sentir el toreo a fondo.»
«De todas maneras —prosiguió—, el apoderado no hace al torero, pero lo puede desbaratar.»
—¿Cuándo conoció a Manolete?
—De toda la vida.

Joselito, una constante

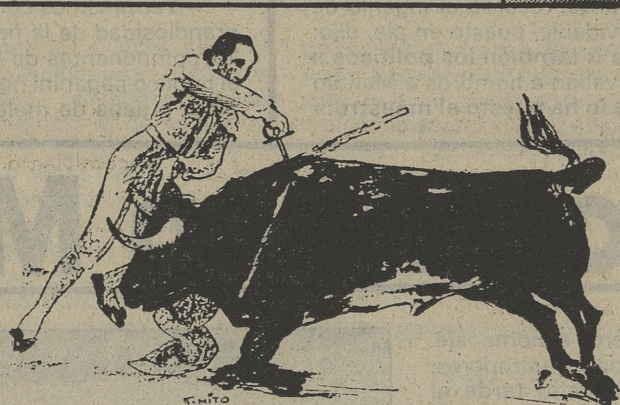
Camará volvió a ser el cordobés enigmático de siempre y la conversación entró en el dinamismo de la entrevista convencional. Se rompió la intimidad. No quise insistir y callé, algo avergonzado por haber turbado la afabilidad de nuestro coloquio. El me miró con aire socarrón y serio y me preguntó por mi familia, por mi tío Antonio Posada. La charla se fue por derroteros familiares, y en un momento de ella, ¡pum!, salió Joselito otra vez.

«Tu tío Curro toreó mucho conmigo y con José.»

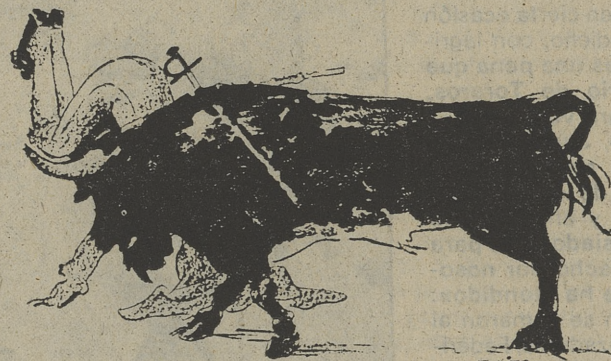
Asentí en silencio. El no hizo caso a mi mutismo y dijo: «José no perdonaba a nadie que se le pusiera por delante. Yo me libré por los pelos el día que me dio la alternativa en Madrid. Pero en la corrida siguiente no me escapé. Me mondó. La verdad es que mandaba en el toreo, pero sin avasallar a nadie. Claro que en la plaza no dejaba pasar ni una. En él estaban encarnadas todas las virtudes del torero ideal.»

Un solo defecto

—También tendría defectos, ¿no?
—Hombre, nadie es perfecto. Efectivamente, tenía la costumbre de en-



PRIMER TIEMPO DE LA COGIDA DE MANOLETE.—El toro «Islero» prende por el muslo derecho a Manolete por la lentitud con que entró a matar



SEGUNDO TIEMPO.—El cuerpo del torero gira sobre el pitón derecho del toro y cae de bruces



TERCER TIEMPO.—El mira busca en el suelo a Manolete, pero unos capotes se llevan al toro

trar a matar con el brazo un poco alto. Pero cuando quería los mataba perfectamente. No era ventajista.

Camará estaba entusiasmado con la conversación, en la que intercaló anédo-

tas sabrosas y chismes de la época. El hombre se encontraba feliz y contento. Yo cometí el error de nombrar otra vez a Manolete. Su cara se ensombreció, envejeció otra vez y me miró fijamente: «Juanito

—dijo—, Manolo fue para mí como —hizo una pausa— un hijo y hablar de él me da mucha tristeza. Manolo fue el hombre más cabal que yo he conocido. Luego hablamos de él, si quieres.»

Durante un rato charlamos de cosas ajenas a la entrevista. Hablé de mí, de la posibilidad que existió de que se hiciera cargo de mi carrera, de la cornada que recibí en una feria de San Miguel, en Sevilla, y de muchas cosas más.

Apoderados, casta a extinguir

«¿Los apoderados? Por desgracia esa casta ya se está acabando. Los de mi época no se apartaban del torero ni un momento, en la plaza, se entiende. Hay que pensar que un leve consejo, una indicación de la persona que ve los toros desde fuera y, por supuesto, entiende de qué va es a veces decisiva para lograr un triunfo o evitar un tropiezo.»

—¿Es cierto que usted le indicaba a Manolete con la posición de su brazo por qué lado debía torear?

Contestó lacónico: «Manolo me hacía caso en los quites y con la muleta.»

—¿Pero se lo comunicaba así?

—El y yo nos entendíamos con la mirada, aunque algunas veces utilizábamos nuestro código secreto —afirmó con una sonrisa franca, no exenta de cierta amargura.

¿Entonces, según usted el apoderado es imprescindible para un torero?

—Lo que ocurría era que, aparte de poseer una fuerza física tremenda, dominaba a los toros y conocía todos los secretos de la profesión. Daba gloria verlo. Los compañeros no teníamos más remedio que reconocer que era un superhombre. El único toro que le hizo perder los papeles fue uno de Miura, en Sevilla. Se le arrancó de pronto y él se apoyó en el testuz, como quiso hacer con Bailaor, el que lo mató, y salió corriendo hacia atrás hasta el centro del ruedo, donde le fallaron las piernas y tuvo que dejarse caer al suelo. Se levantó lívido.

La pareja, en su esplendor. Manolete era la gran figura indiscutible del toreo y Camará el hombre más poderoso del orbe taurino.



● «El apoderado no hace al torero, pero lo puede desbaratar»

Costumbre y superstición

—¿Por qué le ataba usted los machos a Manolete?

—Era una costumbre que teníamos desde siempre. Yo no soy supersticioso, pero...

—¿También el día de Linares?

—También

—¿Cómo fue aquello?

—Insufrible.

De pronto se arrancó a hablar de Manolete. Lo hizo de un modo especial, con mucha sinceridad. «Manolo mató su primer novillo en una nocturna. Me acuerdo que le propusieron matar una becerra. El no aceptó, demostró su casta. No quería que la primera vez fuera como un torero cómico.»

«Entonces era un chaval delgado, con cara triste y un valor a prueba de bomba. Se quedaba quieto, impávido y, como no sabía torear aún, lo cogían mucho. Pero ya se vislumbraba que sería algo en esto. Daba gusto verlo montar la espada. Porque Manolo ha sido, aparte de un maravilloso torero, uno de los mejores matadores de toros de toda la historia del toreo.»

(Continuará)

Carteles de Manizales

MANIZALES (Colombia)

Ocho toreros españoles y cinco colombianos participarán en la trigésima feria taurina de esta ciudad, que se celebrará entre el 3 y el 8 de enero.

La temporada comenzará con toros de Ernesto Gutiérrez Arango, para Antonio Chenel (Antofiete), Pepe Cáceres y Paco Ojeda.

El cuatro de enero torearán Sebastián Palomo Linares, Jairo Antonio Castro y José Cubero (Yiyo), con ganado de Abraham Domínguez.

El jueves cinco, ejemplares de Dosgutiérrez, para Pepe Cáceres, José Valencia y César Rincón, y un toro de Aguas Vivas, para el rejoneador Luigi Echeverri.

Para el día 6, Pedro Moya (El Capea), Tomás Campuzano y César Rincón lidiarán ganado de Ernesto Gutiérrez.

La quinta corrida será toreada por Jaime González (El Puno), José Antonio Campuzano y Juan Antonio Ruiz (Espartaco), con ejemplares de Rocha Hermanos. Habrá un toro de Aguas Vivas para el rejoneador Luigi Echeverri.

La última corrida, con toros de Clara Sierra, serán para los matadores (El Capea), Jaime González (El Puno), José Antonio Campuzano, Jairo Antonio Castro, Tomás Campuzano y Juan Antonio Ruiz (Espartaco).

Sin acuerdo hispano-colombiano

Perjudicados los subalternos españoles

● Definitivamente, sólo admiten un español en cada cuadrilla

M. A. MONCHOLI
Foto LEO

La Unión de Picadores y Banderilleros de Colombia ha dicho no al acuerdo con sus homólogos españoles. Un no rotundo a que viajen dos subalternos españoles para actuar junto a su matador.

Se amparan en la ley del Trabajo de su país, que expresa que el 80 por 100 de los trabajadores deben ser colombianos. Esta ley aplicada, con más o menos razón, a una profesión liberal y de artistas, como ésta, indica que en la cuadrilla de cinco subalternos, cuatro deben ser colombianos y uno sólo podría ser español.

Por su parte la Asociación española que representa a los picadores y banderilleros defendía la presencia de dos españoles con cargo al matador, incrementándose en un hombre más la cuadrilla.

Los gastos adicionales correrían por cuenta del matador español, a quien los subalternos sólo cobran un incremento del 80 por 100 sobre sus honorarios en plazas españolas, que frente al 200 por 100 de temporadas anteriores suponía una ventaja —relativa ventaja— para el matador.

Pero la Unión Colombiana ha dicho que no aceptan ese subalterno español más, en una política de defensa a ultranza de sus derechos de puesto de trabajo. Y se han cerrado en banda a pesar de que se ofreciera por parte española un mínimo de treinta corridas seguras para los subalternos colombianos en España, y a partir de ese número el compromiso de torear con toreros colombianos en nuestro país.

Esta negativa de los colombianos supondrá, por una parte, que los subalternos españoles, con casi toda seguridad, no actúen en el país cafetero, y, por otra, que los colombianos tampoco lo hagan en nuestro país. Situación que se agrava cuando la represalia de los subalternos españoles consistirá en una negativa a actuar con matadores colombianos en España.

Tampoco se desprecian posibles medidas de represalia de los subalternos españoles con respecto a los matadores, si bien dichas medidas deberán ser aprobadas en la Junta general que se haga el próximo año.

Mientras tanto la temporada taurina en Colombia se inicia, y los matadores de toros españoles van a actuar con uno o con ningún subalterno español. O sea, que a la postre, el gran perjuicio será para banderilleros y picadores, puesto que los espadas van a actuar con cualquier cuadrilla.

Cabría preguntarse algo fundamental en estos momentos: ¿Por qué —cuestiones laborales y patrióticas aparte— los subalternos españoles, muchísimo mejores que los colombianos, no son necesarios en aquellas plazas?

Sin lugar a dudas, porque para el toro que sale allí cualquiera, medianamente dotado, vale. Y cuanto menos toro, menos falta hacen los buenos profesionales. El peor enemigo del «buen profesional» es la falta de seriedad e importancia del elemento base. En resumidas cuentas, que el invierno en América está salpicado de regulares noticias. Problemas para cobrar los matadores en la feria suspendida de Lima, y ahora, los subalternos que salen perjudicados con el problema colombiano.



IMPACTO

PUERTAS ABIERTAS

MOLES

CUANDO haya que poner el ejemplo de un final modélico, ahí está el de Manolo Vázquez. Se ha ido cargado de años, de gloria, de cartel, de triunfos y de admiración. Es el premio al camino recto. Y para postre, en un solo día, le acaban de recibir el Rey, el presidente del Gobierno y el vicepresidente. El Rey tiene el vídeo de su despedida. Alfonso Guerra, que estuvo en la Maestranza, recordó el ingenio de un espectador que esa tarde inolvidable, puesto en pie, dijo: «Don Alfonso, así se tenían que ir también los políticos.» Guerra, sonriente, mientras se llevaban a hombros a Manolo Vázquez, replicó: «Muy difícil nos lo ha puesto el maestro.»

Los toreros, con don Máximo

M. A. M.

Por una vez, y esperamos que sirva de precedente, se unieron los matadores de toros y subalternos para ofrecer un homenaje a quien de forma merecida y callada se lo ha ganado en el quirófano de la plaza de las Ventas, el doctor Máximo García de la Torre.

La idea partió de un grupo de toreros que se reúnen a menudo a comer después del entrenamiento. Uno de ellos, Curro Vázquez, quizá quien con más razón está agradecido a la figura de don Máximo, nos decía de él: «Es un médico fenomenal, tanto como buena persona. Este es un acto de agradecimiento de todos los toreros a los médicos de la enfermería de las Ventas en la persona de don Máximo.»

Otro de los hombres que han pasado por sus manos, Raúl Sánchez, nos decía: «Para nosotros, don Máximo es un dios, y, sin ser un sacrilegio, casi parece que hasta hace milagros. A mí me ha operado varias veces, la peor fue de una cornada en Barco de Avila, que me cortó la safena. Nadie daba por mí un duro, y él me salvó aquel día. Con él sí que estamos tranquilos, por la gran confianza que te da.»

Se suman varios toreros al homenaje. Ortega Cano, uno de los organizadores, reconoce que «se ha hecho tarde el homenaje, pero por fin se puede reparar una injusticia tan grande como la que estábamos cometiendo». Y también comenta que en cierta ocasión don Máximo le había dicho, con lágrimas en los ojos, que «es una pena que se cierre el Sanatorio de Toreros, había que salvarlo para vosotros».

Otro hombre de oro, Juan Antonio Alcoba «Macareno», reconocía que «aunque tarde, es uno de los homenajes más merecidos», y añadía Paco Camino que «es demasiado poco para lo mucho que él ha hecho por nosotros. A mí siempre me ha atendido».

Los de plata también se sumaron al acto, y uno de los organizadores, Federico Navalón «Jaro», nos dijo que para ellos «el reconocimiento a un gran profesional y una excelente persona. Es un hombre que no sólo nos atiende en la plaza, sino también en su casa, en su consulta particular, lo que para algunos de nosotros, con pocos medios económicos, es una gran ayuda».

Allí se dieron cita personajes de toda la fiesta. Se lo merecía, pero, como algunos reconocían, llegaba tarde, y era, pues, un acto de justicia.

Pelé-Melé

Dialoguillo.

BELLON

—¡Pelé de mi cariñito!
—¡Melé de mi menisco!
—¡Esto se acaba!
—¿El toreo?
—No, no hay «naide» que la abola a la fiesta brava, pero el año, de tan trágicos días finales, termina.

—Y para el toreo, con una desdicha dolorosa. La desaparición de la admirable tarea de Mariví y Manoliyo Molés en la sección taurina de la «tele».

—Doce años, doce, de aciertos y trabajo forzosamente y justo, no todo azúcar para la taurinería, pero es que hay que ver la hiel y el egoísmo que en el toreo se vive.

—Y más los vivales que hacen las cosas sin un mínimo de disimulo y cero en diplomacia.

—Ahí queda esa labor de tantísimo trabajo, que no se ve, y la fiesta de toros con el desamparo de quedarse, dicen que hasta la primavera y hemos estrenado invierno, confiado todo a lo informativo corriente, para lo que la fiesta más española no existe.

—Se saben los resultados hasta del baloncete de salón, pero de ferias y corridas a diario, como si no las hubiera.

—Ya nos acordaremos de Mariví y sus comentarios, y del dinamismo y reporterismo al día del bigotudillo Manoliyo, sin que nos falten elogios para todos sus colaboradores y ese sublimar el toreo mediante el supertemple que da el empleo del «ralentí de las cámaras, que hacen interminables los pases».

—Y el horror de las cornadas desmenuzadas su tragedia impresionante en esa angustiosa lentitud fotográfica que las recoge.

—Y digan lo que quieran, los acompañamientos musicales puestos al día con exaltadora música o zumbonas canciones modernas.

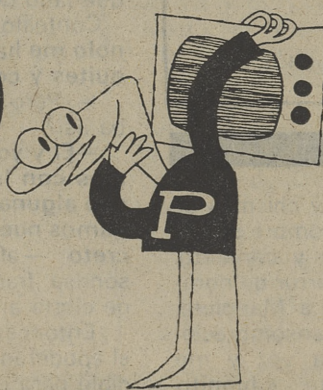
—Total, que se fue el año; todo queda casi igual y ya no se puede esperar más a que aparezca la P.A.C.A. (Para Acabar Con Abusos) y sus muchachos y se limpie de broza y malas hierbas el toreo, en lo posible, y el grandioso espectáculo español no sea sólo meter doce goles a un equipo facilón, pero había que conseguirlos.

—Terminemos con nuestros mejores deseos para la grandiosidad de la fiesta brava y deseándoles a todos los componentes de la misma felicidad y prudencia, y al público paganini nuestra admiración por su entusiasmo a prueba de males. ¡Felicidaddeeeeeees!



PUEBLO

Cada día, un suplemento



Mañana, jueves...

TELE PUEBLO

Coordinado por Antón OLIVER